

**Libro:**  
**La orientación vocacional como experiencia subjetivante**  
**Buenos Aires, Paidós, 2016**

**Fragmento del Capítulo 4**  
**Orientación vocacional, una clínica posible**

**Los procesos de orientación vocacional**

Indudablemente en nuestro país no podríamos comenzar hablando de la clínica en orientación vocacional sin referirnos a Rodolfo Bohoslavsky. Ha sido pionero en este campo con su mítico libro *Orientación vocacional. La estrategia clínica* (Bohoslavsky, 1971). Fue la expresión más cabal de cómo se concibió la orientación vocacional en un contexto histórico particular. Un libro escrito para rivalizar. Un documento fundacional diseñado para confrontar con la rigidez y –supuesta– científicidad de la estrategia psicotécnica. Sin embargo, la matriz rupturista que inspiró la obra fue cediendo frente a cierta estrategia clínica que, inspirada en un psicoanálisis dogmático y mecanicista, terminó por convertirse en una nueva versión adaptativa al *deber hacer*. Es el propio autor quien lo advierte. Por eso, a los pocos años es precursor, también, al promover una profunda revisión de los conceptos que la modalidad clínica había instituido. Para la segunda edición de su primer libro escribió una adenda en la que realiza una severa autocrítica a su propia producción intelectual. En solo tres páginas condensa su pensamiento crítico y abre nuevos horizontes de análisis e intervención.

Más tarde, en el agitado año 1975, compila un libro –*Lo vocacional, teoría, técnica e ideología*– del que pocos recuerdan su existencia. En esa producción recupera el espíritu de su primera obra, cuyo principal valor fue haber resistido a las formas adaptacionistas, esquemáticas y sumisas de encarar la orientación, típicas del discurso y la práctica psicotécnica.

Al enunciar *lo vocacional como encrucijada*, Bohoslavsky nos advertía que la modalidad clínica podía perder su principal motivo de existencia, subvertir lo instituido. Podríamos decir que –en algún sentido– fue eso lo que ocurrió. Surgida como dispositivo alternativo, comenzó a *naturalizarse*. Se cristalizó y, en su versión más repetitiva, perdió aquella fuerza de sus comienzos.

Las páginas siguientes constituyen el intento de poner en palabras la búsqueda que iniciamos como herederos de ese legado: pensar y hacer una clínica creativa y emancipadora.

Comenzaremos por recordar lo que tradicionalmente se ha dicho con respecto al proceso de orientación vocacional en la bibliografía argentina de la especialidad: es un dispositivo sostenido por un/a psicólogo/a, psicopedagogo/a o licenciado/a en ciencias de la educación –genéricamente denominado *orientador*– fundado en una teoría y una práctica. Dice al respecto la colega Ángela López Bonelli (2004: 45):

- Utiliza el método clínico como una estrategia de abordaje particularizante.
- Tiene su centro de gravedad en la entrevista.
- Exige profesionales en un nivel de entrenamiento que les permita: observar, diagnosticar y operar en el aquí y ahora, conmigo, de la entrevista operativa de modo de lograr los esclarecimientos necesarios.
- Adquiere la modalidad, a mi juicio, de una orientación psicológica focalizada en el logro de determinados objetivos, siendo fundamental el esclarecimiento de la identidad vocacional.
- Utiliza instrumentos psicométricos, proyectivos y dramáticos, compatibles con una concepción dinámica de la personalidad que permitan detectar intereses, aptitudes generales y específicas y la estructura irreplicable de cada personalidad. Este diagnóstico deberá planificarse en cada proceso concreto: individual, grupal o institucional.
- Maneja dinámicamente distintos recursos de sondeo e información sobre la realidad ocupacional y las carreras concretas: planes, campos, entrevistas con profesionales, visitas a facultades.

Surgidos de la modalidad clínica en todas sus variantes, los llamados *procesos de orientación vocacional* son una manera de acompañamiento a los sujetos que se preguntan por su hacer presente y futuro. A través de estos se restituye al sujeto como actor y protagonista de su propia elección, bien diferente del abordaje psicotécnico que toma al consultante como objeto de medición y evaluación.

Sin embargo, los procesos de orientación vocacional, en muchos casos, se han terminado configurando como dispositivos estandarizados –donde la subjetividad abandona su centralidad– y descontextualizados –excluyendo el entramado del sujeto con los condicionantes sociohistóricos–, contrariando su fundamento de origen. De ese modo, se fueron estableciendo regulaciones de distinto tipo, entre ellas, fijar de antemano la cantidad de entrevistas, prescribir el uso de ciertas técnicas específicas para cada encuentro, separar mecánicamente entre “información” y “autoconocimiento”, por mencionar solo algunas.

#### *Experiencia subjetivante*

En contraposición a lo dicho, nos propusimos pensar y actuar en el proceso de orientación vocacional a modo de una experiencia que, a propósito de la elección de un proyecto futuro, suponga un paréntesis en la vida del sujeto a la espera de que algo advenga, una verdad sobre sí mismo. De este modo, se busca una clínica que promueva la interrogación y la invención de formas de vida singulares.

El proceso se organiza alrededor de una secuencia de encuentros-entrevistas donde el profesional de la orientación vocacional (en adelante POV) utiliza como principales herramientas *la escucha, la espera, el jugar, y la indagación* sobre su propia implicación generando condiciones para *la elaboración y la elección*. A lo largo del mismo, se emplean –generalmente– diferentes recursos que colaboran para que el sujeto consultante se conecte con su problemática, pueda hablar y a partir de allí desplegar todo lo necesario para construir una decisión como parte de un proyecto futuro (véase el capítulo 5).

Como ya hemos señalado, designamos al profesional que trabaja en orientación vocacional con la denominación POV con la intención de alejarnos de la figura del *orientador* y del par *orientador-orientado* que no representa nuestra manera de pensar y actuar.

Afirmamos que en el proceso de orientación vocacional *no hay nada que orientar, ni nadie que pueda orientar*. Sin embargo hay mucho por hacer, que no es estrictamente *orientar* sino, antes bien, *sostener* una pregunta social y construir a partir de ella una pregunta singular, es decir, la que cada sujeto se hace en algún momento de la vida. Desde luego – insistimos – hay determinados momentos en la vida social que son paradigmáticos para el elegir, como lo es la finalización de los estudios secundarios.

Si concebimos el proceso de orientación vocacional como experiencia subjetivante, la expresión acuñada por René Kaës (1989) y retomada por Daniel Korinfeld (2013) puede ayudarnos como un interesante punto de partida para ubicar las expectativas en torno a lo que nos podemos proponer como profesionales al acompañar a los sujetos en sus búsquedas de nuevos horizontes de vida, esto es, intentar promover *un espacio suficientemente subjetivado y relativamente operativo*.

El proceso de orientación vocacional como una experiencia subjetivante nos señala una doble implicación entre subjetividad y experiencia. Veamos.

La experiencia se construye en la trama de relaciones intersubjetivas que constituyen a los espacios institucionales. Supone aquella transformación de sí en el orden de la producción subjetiva y no de la objetalización. De modo que lo que define una experiencia tiene que ver con el lugar en el que queda ubicado el sujeto como resultado de determinado proceso de formación, de “orientación”, de vida en común (Korinfeld, 2013).

El proceso de orientación vocacional será una experiencia subjetivante en la medida en que promueva subjetivación, es decir, transformación de sí. No cualquier transformación, sino aquella que deviene resultante del permiso que un sujeto se pueda otorgar para pensar, para imaginar, para soñar más allá de los imperativos sociales, de los valores dominantes. Un pasaje de ser objeto del deseo de Otro a constituirse en sujeto deseante. Proceso siempre dinámico e inacabado. Se trata de posiciones (sujeto-objeto) que se van asumiendo y no de esencias que se configuran de una vez y para siempre.

Experiencia quiere decir que algo pasó allí, de manera que el sujeto que comienza un proceso de orientación no terminará igual. No solo por el “resultado” en términos de lo que eligió. Sino del cómo lo hizo, de cómo vivió ese tiempo compartido con el POV. Tiempo que no se reduce al encuentro semanal de aproximadamente una hora de duración, sino que sus límites trascienden el ámbito témporo espacial donde acontece la consulta. Las propuestas e invitaciones que el POV efectúa entre sesión y sesión establecen que el proceso tenga límites más difusos que exclusivamente los momentos de encuentros presenciales. En algún sentido, el proceso es aquello que ocurre antes, durante y después del encuentro entre POV y consultante en el consultorio. La sesión es, justamente, ese encuentro presencial<sup>1</sup> que supone interlocución sobre lo (no) pensado, (no) investigado,

---

<sup>1</sup> Hace tiempo que podemos pensar no solo en términos de encuentros presenciales sino también virtuales a través de dispositivos como *skype*, *hangouts*, etc.

(no) realizado en su búsqueda y exploración para construir una elección y un bosquejo de proyecto futuro (véase el capítulo 5).

La experiencia es aquello vivido desde la propia subjetividad. Al igual que el sujeto, la experiencia no es unidad idéntica sino configuración de vivencias heterogéneas que articulan aspectos emocionales, cognitivos, intersubjetivos, conscientes e inconscientes.

La clínica en orientación vocacional es experiencia, mientras que el “caso” que se construye a partir de ella es relato de lo vivido, experienciado. Los lenguajes de la experiencia son narrativas que nos involucran en primera persona y, en ese sentido, constituyen ficciones que ubican la subjetividad, la implicación, en el centro del conocimiento que se produce a partir de ella.

### **La clínica en orientación vocacional desde una perspectiva crítica**

La clínica en orientación vocacional desde una perspectiva crítica es una experiencia que busca acompañar al sujeto frente al imperativo social de elegir revalorizando su subjetividad entramada en las condiciones sociohistóricas de época que le toca vivir. Se trata de una invitación a que cada sujeto se interpele sobre su propia búsqueda personal en un contexto social dominado por la creciente incertidumbre. Tiene como propósito incluir como herramientas de análisis las cualidades epocales productoras de modalidades existenciales, estilos de vida como modos argumentativos de operar en lo social, en muchos casos como racionalizaciones defensivas.

Jóvenes que viven *en plusconformidad* y en la modalidad de lo *pulsional salido de cauce*. Jóvenes “exitosos” y “ganadores” que se ajustan a las reglas de juego y se anotan como los primeros en esa carrera. Jóvenes inquietos, entusiasmados y expectantes por vivir nuevos proyectos. Jóvenes militantes en los variados movimientos políticos, sociales y comunitarios. Jóvenes que abandonan actividades, “abúlicos”, “desinteresados” en los que la inhibición predomina como forma de enfrentar las dificultades del vivir (véase el capítulo 3).

#### *Sin diagnósticos ni evaluaciones*

Nos anima y entusiasma la idea de evitar ubicar a quien consulta en algún diagnóstico, cuadro y/o tipología. Es una experiencia que prescinde de las frases hechas y las técnicas estandarizadas y formateadas.

De esta manera la clínica que estamos proponiendo encarar comparte las mismas búsquedas que acontecen en otras prácticas del campo de intersecciones entre salud y educación. Medicalizar a un sujeto como forma de enfrentar un malestar, un padecimiento, responde a la misma lógica de evaluar y/o diagnosticar a quien busca elegir y construir un proyecto de vida. Es análogo a la tensión –que dábamos cuenta al hablar de la experiencia– entre objetivación y subjetivación. Es decir, al sujeto posicionado como objeto de una práctica o como constructor de su destino.

El proceso de medicalización propio de las prácticas en el sector salud es equivalente a lo que ocurre en el campo de problemáticas vocacionales en torno a la evaluación y medición.

Ambas son parte de una “hegemonía discursiva” que Marc Angenot (2010:10) define como el “conjunto complejo de las diversas normas e imposiciones que operan contra lo aleatorio, lo centrífugo y lo marginal, indican los temas aceptables e, indisociablemente, las maneras tolerables de tratarlos e *instituyen* la jerarquía de las legitimidades”.

Tanto en el campo de la salud como en el de la educación, la creciente mercantilización de la vida ha producido la misma operatoria consistente en crear medicamentos sanadores en un caso, métodos “resolvedores” en el otro.

En la experiencia clínica de orientación vocacional desde una perspectiva crítica se imbrica la subjetividad en sus tres registros: el *singular* de cada sujeto, el *universal* propio del género humano y el *particular* asociado con cada momento sociohistórico. Esta distinción es fundamental para impedir que la clínica se base en solo uno de esos registros de la subjetividad. Resulta muy habitual observar el forzamiento de lecturas que anulan lo singular frente a lo universal/particular, ubicando al sujeto en un patrón prefijado, olvidando la singularidad propia de la experiencia como un devenir que no termina de cosificarse.

Al pensar en los tres registros de la subjetividad pondremos especial atención a analizar cómo las condiciones sociohistóricas operan a través de ciertas insistencias. Condiciones relacionadas con aspectos histórico-políticos, de clase, de género, como así también, propias de la condición juvenil y del momento de finalización de la escuela secundaria. Estas circunstancias producen algunos posicionamientos característicos, prototípicos. Por eso más que pensar en términos de influencias, es decir, de una sociedad que influye en los sujetos, pensamos en términos de subjetividad socialmente instituida y en procesos de subjetivación. La configuración que lo social y lo cultural produce en lo singular de cada sujeto.

A pesar de las muchas diferencias, hay algo que iguala a los jóvenes que están terminando la escuela secundaria y es el imperativo de elegir. Momento vital en el que podrán operar las líneas de fuga, de resistencia y de invención. Por eso se trata de pensar y hacer una clínica que no eluda las condiciones sociohistóricas, sino que las asuma.

En la experiencia que se va configurando no todo lo que se despliega puede circunscribirse a los movimientos transferenciales. Por eso más arriba hablamos de un espacio *suficientemente subjetivado y relativamente operativo*. El término “operativo” sugiere el obrar, la actividad, de modo tal que lleva implícita la idea de tarea. En los procesos de orientación vocacional hay una “tarea”: elegir *qué hacer*. De modo que la modalidad de ejercer la posición clínica-analítica del POV es más activa que en los procesos clínicos de la psicoterapia en general. Desde luego, asumir un rol más activo no supone un corrimiento per se de la posición analítica, sino una particular forma de ejercerla.

Los consultantes igualados en la necesidad de enfrentarse al imperativo de elegir buscan formas diversas de llevarlo a cabo. Más cerca de los estereotipos sociales, con representaciones dominantes del “correcto” elegir, de lo que “conviene”, de lo que “corresponde”; o más cerca de formas imaginativas, creativas. Formas de resistir y de inventar frente a lo socialmente instituido en las que se ponen en juego las dimensiones deseantes que rechazan lo impuesto hegemónicamente.

Por lo general, quienes nos consultan no presentan cuadros graves a nivel psicopatológico, sino modalidades existenciales de atravesar una crisis vital en un particular momento histórico-social. La incertidumbre domina la escena. Es el principal factor que caracteriza lo sociohistórico al momento de elegir. Incertidumbre estructural, podríamos decir e incertidumbre sociohistórica. Lo universal, lo particular y lo singular vuelven a imbricarse.

### *Desinstalando la identidad vocacional*

En orientación vocacional se ha hablado y escrito mucho de identidad, de construcción de identidad, de identidad vocacional, identidad profesional.

Seguramente no podremos seguir sosteniendo en la actualidad las mismas categorías conceptuales que en épocas de mayor regularidad de la vida social, de apogeo de la sociedad salarial (véase el capítulo 2).

Recordemos lo que afirmaba Rodolfo Bohoslavsky en la década del setenta:

*Podemos partir del producto que, en el caso de la orientación vocacional, es la identidad ocupacional, producto de algo que ha ocurrido en la persona que elige. Ese algo, que determina la identidad ocupacional, lo denominaré identidad vocacional.*

*Diré que una persona tiene identidad ocupacional o, mejor, que ha adquirido su identidad ocupacional cuando ha integrado sus distintas identificaciones, y sabe qué es lo que quiere hacer, de qué manera y en qué contexto. La identidad ocupacional incluirá, por lo tanto, un cuándo, un a la manera de quién, un con qué, un cómo y un dónde. Defino en cambio la identidad vocacional como una respuesta al para qué y por qué de la asunción de esa identidad ocupacional (las bastardillas son nuestras).*

Es contundente la afirmación del maestro. Los que hoy estamos en contacto con jóvenes (y no tan jóvenes) acompañándolos en la construcción de sus proyectos de vida no podríamos decir lo mismo. Creemos que la noción de *identidad vocacional*, en épocas de sociedad salarial, se había transformado indudablemente en un verdadero *universal*. Algo así como una esencia de la subjetividad, cuando en rigor –debemos insistir– no es otra cosa que una producción histórica de las significaciones imaginarias que instituyen formas de vivir la existencia humana ligadas al hacer, básicamente al trabajo y al estudio. Al constituirse la *identidad vocacional/ocupacional* en esencia y verdad, se dificulta la posibilidad de interrogar esa particularidad de la cultura.

Justamente lo que hoy nos estamos proponiendo indagar son los efectos que produjeron en la en la subjetividad singular las severas modificaciones en el mundo a partir del apogeo del neoliberalismo. Por ello es que en los procesos de orientación vocacional intentamos, más que promover la construcción de una identidad vocacional, generar espacios en los que los sujetos se cuestionen acerca de identificarse con un papel, con una función o una utilidad social. Lo “no idéntico” pasaría a ser una dimensión de la experiencia individual opuesta a la racionalidad instrumental.

La preocupación por ser alguien, es decir, la lucha por una identidad, le puede hacer el juego a las industrias culturales, que ofrecen modelos para construir una imagen, una forma

de ser, hacer y tener. En las sociedades posindustriales dominadas por el discurso neoliberal no falta, entonces, identidad conforme a una imagen, sino sujetos de sus actos.

Así es como en las llamadas *patologías del reconocimiento social* los sujetos aparecen con dificultades de organización psíquica. Son quienes no pueden hacerse reconocer por lo que son, hacen, sienten y desean. Surge el conflicto entre la experiencia singular y las normas sociales en virtud de las cuales se puede ser reconocido y apreciado.

Modalidades existenciales amarradas a formas sobreadaptadas en las que “ser alguien” o “tener éxito” está asociado a asumir una identidad personal tributaria de las expectativas de un sistema que privilegia la acumulación de riqueza a cualquier precio y de cualquier manera, o su contraparte, formas de autoexclusión expresadas en jóvenes o adultos que, desalentados por la escasez del empleo, se desaniman y desertan a encarar la búsqueda de un proyecto vital en los ámbitos educativos o laborales.

La construcción identificatoria va configurando puntos de referencia que le permiten al sujeto no flotar en el vacío y volver a ellos para reconocerse. Por eso no es un estado definitivo. Está abierto. Es un flujo permanente. Trayecto identificatorio no supone identidad. Presume un devenir con mojones para que no resulte caótico. En el mejor de los casos, se sostiene en la memoria más que en la repetición (que también produce consistencia, operatoria tan necesaria para vivir y reconocernos como sujetos diferentes a los otros). Se trata del componente simbólico de esta construcción que, al mismo tiempo, es imaginaria.

### **La clínica de las cuatro “e”: escucha, espera, elaboración, elección**

Mencionar la clínica con estas cuatro letras tiene el propósito de organizar la transmisión, de darle un ordenamiento a las prácticas como una clínica posible, tal el título de este capítulo. De ninguna manera se trata de una lógica sumaria, entendida como pasos a seguir, sino de tener presentes aspectos sobresalientes para construir una experiencia que proponga y sostenga una aventura, la de elegir qué vida sueña y se proyecta cada uno vivir.

#### **1. Escucha**

La clínica de orientación vocacional –lo que habitualmente denominamos procesos de orientación vocacional– está basada en la escucha que nos propone el psicoanálisis, en el caso por caso, en la invención y en la constante creación de formas singulares de abordaje de acuerdo a cada consultante y a cada grupo. Por ello, no se trata de aplicar una teoría al caso, sino de que la teoría funcione como una caja de herramientas del pensamiento, que permita sostener una escucha que no sobreentienda el relato del otro.

No hay clínica sin escucha ni escucha sin trabajo de pensar sobre lo que allí acontece. Incomoda estar con el otro, sostener la escucha –siempre flotante– y pensar sobre el relato (insistencias, repeticiones, silencios, exageraciones, desde luego actos fallidos) y sobre esa relación que se configura. Se trata de la incomodidad propia de la clínica en general pero que adquiere la particularidad de la clínica en orientación vocacional. Y una de esas cualidades distintivas está en relación a la ansiedad de elegir. No olvidemos que quien consulta espera un resultado, y que el profesional se enfrenta con el no saber qué quiere,

qué necesita, qué le pasa al sujeto que está escuchando y acompañando a elegir proyectos futuros de vida.

Por eso decimos que escuchar y pensar sobre la escucha incomoda. El sujeto consultante sabe. Pero no sabe que sabe. El arte de la clínica es, precisamente, atravesar esa incomodidad invitándolo a buscar, a indagar en su historia y de ese modo, encontrarse con los señuelos que lo lleven a conectarse con su propio proyecto. Se trata de ubicar esta dimensión para desestimar ilusiones de resolución a problemas que no los tienen. No se puede no dudar al elegir, no se puede no descartar al elegir como no se puede entrar al mar y no mojarse. Va de suyo. Antes que resolver, se trata de atravesar la incomodidad y buscar darle un cauce más satisfactorio a las dificultades del vivir y del elegir.

Buscar y construir proyectos es invertir el futuro. El derrotero de la elección se organiza a través del *ideal del yo* que rescata lo que puede del narcisismo infantil. Toma fuerzas de la época en que era para sí su propio ideal. El flujo turbulento de la vida no es un paraíso de plenitudes eternas. Las pérdidas se suceden las unas a las otras. Cada pérdida es un duelo que duele. Elegir es atravesar la experiencia de tener que perder algo. Pero, paradójicamente, elegir también es ganar. Ambos aspectos se imbrican en el elegir, lo que se gana y lo que se pierde.

En el caso particular de la terminación de la escuela secundaria, la problemática del elegir está íntimamente asociada a la experiencia de separación (de la escuela, de los docentes, pero principalmente de los compañeros). Las vivencias de separación propias de este momento pueden bascular desde la tristeza por la pérdida de lo vivido en la escuela hasta la alegría por empezar lo que se viene: universidad, trabajo, viajes.

Sobre estos tópicos centrará la escucha el POV, evitando que la universalidad de las teorías produzca un efecto explicador acerca de lo que pasa con ese sujeto singular al que acompaña a elegir y a construir sus proyectos futuros. Las variadas teorías ayudan al profesional a pensar sobre lo que escucha. Por eso, no nos nutrimos —o no deberíamos hacerlo, desde mi perspectiva— solamente de lecturas de “orientación vocacional”, “desarrollo de carrera”, etc., sino del psicoanálisis, de la sociología, de la antropología, de la historia, de las ciencias de la educación, de las ciencias políticas. Pero también del arte, la literatura, la poesía...

La escucha y el pensar sobre la escucha incomodan. Se trata de sostener esa cualidad de la experiencia analítica propia de los procesos de orientación y no de pretender eliminarla. Las teorías podrán ser recursos de pensamiento, formas de echar luz en las oscuridades enigmáticas del otro.

El saber sobre el otro es, siempre, un saber embarazoso. Podemos decir que se trataría de un saber incómodo, inestable, fragmentario, contingente, provisorio, pues tiene que ver, ante todo, con un cierto no saber inicial, una cierta condición de perplejidad, una cierta ignorancia que no es, desde ya, ni nihilista, ni cobarde, ni ingenua, ni escéptica. Un saber cuya distancia está marcada no por la menor o mayor objetividad del ojo que intenta ver, sino por la existencia misma de aquello que es mirado; un saber que, siempre, se inicia en el otro, en la otra *cosa*; un saber que se sostiene en una relación que, tal vez, no quiera saber tanto (Skliar, 2015).

Una de las operatorias más habituales de nuestra escucha tiene que ver con registrar insistencias y puntuar el relato. Distinguir las recurrencias en la diversidad de relato y sus particulares entramados. Escuchar significa por parte del profesional operar en atención flotante distinguiendo reiteraciones, omisiones, e invitando al consultante a formularse preguntas sobre lo que ha sido plegado, silenciado, caricaturizado en algunas ocasiones. Abrir a la pregunta, invitar al consultante a sospechar del armado de su propio relato, muchas veces encubridor. Por eso, se promueve buscar en qué lugar del relato el consultante puede estar haciéndose trampa. Se trata de crear las condiciones para que se pueda desplegar, desarmar, desanudar aquello que impide, obtura, debilita la posibilidad de elegir. Para ello, evitamos en todo momento otorgar significado al decir del otro, prescindiendo dar un cierre de sentido. La clínica implica escuchar al otro como otro. El desafío es escuchar y pensar sobre lo escuchado, mientras que el deseo de no tener que pensar es la victoria de la pulsión de muerte que convierte al pensamiento en una réplica de lo idealizado (Aulagnier, 1977).

## 2. *Espera*

En el proceso de orientación vocacional el POV espera, no aconseja, no propone otra tarea que no sea la de dejar que las palabras fluyan, que se despliegue el jugar, muchas veces ayudado por los diferentes recursos, cualesquiera que sean. Por eso, el POV se intenta ubicar más allá del campo de los intereses sociales y de los ideales. Más allá de la intención de cumplir con fines determinados, aunque sin olvidarse que está allí para que el sujeto que consulta pueda elegir.

La posición del POV es de espera –a veces desesperante ya que siente la presión que ejerce el consultante que está ahí para elegir–. Si bien el POV está en posición de espera, al mismo tiempo, no es neutro, ni distante, ni espectador prescindente. La neutralidad en este proceso supone un esfuerzo constante de no caer en la tentación de decidir *por* el otro. Es esfuerzo y padecimiento a la vez. La neutralidad en este proceso es una operación activa consistente en mantener a raya los propios ideales, valores y deseos del profesional. Activa operación de desatender las preferencias propias, para liberar el espacio al deseo del consultante. Sin embargo, esta es una renuncia imposible de cumplirse de manera absoluta, aunque siempre esté presente como propósito. Por eso, a veces resulta conveniente que el POV se pronuncie, antes que finja una neutralidad hipócrita que abra paso a la sugestión o a una manipulación encubierta.

Entre el POV y el consultante hay una espera que se sostiene en la confianza en el otro, por ello podemos afirmar que la transferencia resulta recíproca. En ese proceso, (aquellos que tiene relativa experiencia en este tipo de consultas seguramente acordarán), hay sin duda una espera –que muchas veces resulta tan angustiante al consultante como al profesional– pero se trata de una espera distinta. No hay simetría. Así, mientras el consultante puede alimentar la expectativa de que el POV resuelva su conflicto, diciéndole –a partir de sus observaciones– qué debe elegir, el profesional espera que el consultante elija con autonomía, reconociéndose en ese acto como sujeto escindido, como sujeto de la falta. Es decir que elegir implica, en tanto falta, un no todo. No todo se puede hacer. Al menos, no al mismo tiempo. En ese sentido, elegir es confrontarse y avanzar con la amenaza de castración.

La posición del POV es de una espera entusiasmada. Entusiasmo por la alteridad que caracteriza de la mejor manera lo que ocurre en un proceso de orientación vocacional. Se trata de una pasión ambigua, paradójica, ya que intenta mantener al otro libre de la propia pasión del profesional.

La ética del POV se apoya, entonces, en este oficio de *alterizador*. Relaciones pasionales que nacen y viven con el compromiso de extinguirse. En este oficio, el POV intenta refinar la sensibilidad por las diferencias y por incrementar la tolerancia a los otros (Volnovich, 2002).

La experiencia del proceso de orientación vocacional será un tiempo y un espacio de hospitalidad, esto es, un dispositivo que permita alojar las preguntas, las expectativas, las inquietudes, los sueños, el malestar, las dudas, las ansiedades en la medida en que el profesional se permita y se habilite a pensar y proponer una modalidad de abordaje acorde a la singularidad del caso. Sin estar en posición de espera no hay posibilidad que este dispositivo cumpla con su objetivo.

En tanto paréntesis de vida, el proceso de orientación vocacional resulta un auténtico catalizador en la medida en que colabora a acelerar o retrasar los procesos de elección.

Partiendo de reconocer la dislocación entre los tiempos subjetivos y sociales, es habitual que los jóvenes construyan modalidades existenciales para defenderse del malestar que genera el imperativo de elegir.

Si lo que predomina en el consultante es la *posición omnisciente-omnipotente*, sostenida en la pretensión de querer *poder todo* y *saber todo* lo necesario para encarar una *correcta elección*, aspirando a tener *la* seguridad acerca de aquello que se elegirá, la experiencia catalizadora pasará por ralentizar el proceso abriendo preguntas allí donde el sujeto se abroqueló en su propio (no) saber.

En contraparte, cuando lo que impera es la *posición impotente*, de quién siente que *nada puede, nada sabe* sobre lo que elegirá, el proceso tenderá a activar a acelerar formas de búsqueda y exploración sobre sí mismo y el mundo cultural en el que vivimos.

En rigor, estas dos modalidades existenciales, estas dos formas de posicionamiento subjetivo –en sus puntos extremos– indican lo mismo: la búsqueda –infructuosa– por parte del sujeto de crear las condiciones ideales para producir una decisión. Frente a ello, el proceso de orientación vocacional será una experiencia que ayude a acelerar-retrasar, a activar-desactivar, a impulsar o desalentar.

La clínica en orientación vocacional requiere por parte del POV el análisis profundo de su implicación personal en el proceso de acompañamiento al sujeto que le consulta y con quien comparte la experiencia de despliegue, de desanudamiento. El POV, al indagar sobre su implicación, procura evitar complicidades, alianzas o resistencias a partir de supuestas “simpatías” o “antipatías” respecto del sujeto y la dirección que le está dando a su vida, en función de la elección que está imaginando realizar. Es decir, no es lo mismo lo que le ocurre al profesional si las elecciones que el sujeto está por hacer contrastan demasiado o se asemejan mucho a las propias.

El desarrollo y amplificación del concepto de implicación permite que la denominada contratransferencia transite de un registro libidinal a un registro político social. La denominada neutralidad es la negación maníaca de la implicación. En la praxis de los profesionales, poder discriminar todo tipo de escotoma (tanto de la novela familiar como de

la dramática social) es importante para prevenir conductas iatrogénicas y mala praxis profesional (Grande, 2004).

Analizar nuestra propia implicación supone explorar en nuestra propia historia, en lo que elegimos, en lo que no elegimos, en las formas que tuvimos de hacer lo que hicimos, para poder separarlo de lo que está pensando elegir quien nos consulta y de las formas que tiene de pensar hacerlo.

Muchas veces los jóvenes nos complican cuando nos interrogan sobre nuestra vida y sobre nuestras elecciones e intentan ponernos de ejemplo. “¿Y vos cómo elegiste?” La diferencia generacional nos puede ubicar como “expertos en elegir”. En algún sentido, nuestra propia presencia hablaría de alguien que eligió y que “se dedica” a lo que eligió, esto es, el ejercicio profesional de “orientador vocacional”.

Como un experimentado torero, nos ofrecemos y nos vamos corriendo al mismo tiempo. Más que responder a sus preguntas, invitamos al consultante a registrar qué quiere saber al preguntar, qué busca. Nosotros, a su vez, podríamos preguntarnos: “¿Cuál es el problema de responder?”. Obviamente se trata de evitar poner en juego nuestros valores, nuestros ideales. Sin embargo, no estamos diciendo que no se pueda responder a ninguna pregunta, sino que es preciso registrar nuestra implicación. Poner en claro lo que está en juego. Indagar sobre nuestra implicación nos permitirá estar advertidos de modo tal que las eventuales similitudes no obturen, por naturalización, la potencia de interrogación de lo obvio.

Por eso podemos responder (si no encontramos otra forma de intervenir) de tal manera que, al responder, invitemos a que el otro se pregunte y no se conforme con nuestra respuesta.

La expresión “te entendí...” es advertencia de una posible trampa. Por lo general sospechamos cuando el consultante nos la dice. Pero también es sospechoso de nosotros mismos como profesionales cuando la decimos o cuando la pensamos. Entender muchas veces es cerrar. Nunca entendemos, al menos no totalmente. No sabemos de lo que nos está hablando, aun cuando supongamos saberlo. Indagar sobre la implicación del POV es un proceso de elucidación continua de las naturalizaciones o invisibilizaciones de nuestras elecciones de vida. Elegir pone en juego las propias valoraciones que cada uno de nosotros tiene de las carreras, de las profesiones o de los proyectos de vida en general, que pueden coincidir o no con las valoraciones dominantes en nuestra sociedad.

### 3. *Elaboración*

La noción de elaboración relacionada con los procesos de orientación vocacional tiene, al menos, dos acepciones que articulan entre sí. La primera relacionada con lo que en psicoanálisis se denomina *historización simbolizante*<sup>2</sup> entendida como aquella operatoria a través de la cual se busca darle sentido al sinsentido construyendo una narrativa singular, diferente a la mera recapitulación de hechos vividos.

La otra acepción, entramada con la anterior, relaciona la elaboración con la construcción de un esbozo de proyecto futuro. No olvidemos que los procesos de orientación buscan producir una historización simbolizante como vía para construir una elección y elaborar un

<sup>2</sup> Concepto utilizado por el psicoanalista argentino Luis Hornstein.

boceto del mañana. De modo que el POV invita a explorar, a indagar, a curiosear sobre sí mismo y en el universo social y cultural en el que vivimos. Es un proceso en el que, a la vez que se consideran el registro fantasmático del consultante y sus propias representaciones sobre las carreras, las ocupaciones, las profesiones, etc., se lo invita a buscar, a explorar, a indagar, como forma de confrontar sus propias percepciones con la de los otros. Es un ida y vuelta como camino posible para interrogarse sobre sus propias representaciones fantasmáticas, sobre las representaciones sociales de los *objetos* a elegir y, de ese modo, buscar, construir “un lugar en el mundo”.

El proceso de orientación vocacional intenta reconstruir una historia que no tiene por qué haber tenido lugar. Al igual que la cura analítica, no sería la reconstrucción de una historia olvidada, sino la producción de esa historia a partir de lo que nunca había salido a la luz.

Como hemos señalado, cuando un POV está frente a un consultante, está frente a un enigma. Enigma que no se anula por adherirle una categoría nosográfica, o por ubicarlo en un cuadro psicopatológico. Desde nuestra perspectiva psicoanalítica, el eje está puesto en el conflicto y el conflicto se presenta como enigma, en tanto no es elaborado. Bien distante y diferente de la descripción de síntomas y síndromes a partir de criterios estandarizados.

Los procesos de elaboración, en sus dos vertientes articuladas, nos permiten relacionar elección con deseo. Es habitual escuchar que el proceso de orientación vocacional permite al consultante conectarse con su deseo para, desde allí, poder elegir. Pero cuidado: son distintos registros del deseo. Para el psicoanálisis, el deseo es el deseo inconsciente. *El deseo es el deseo del Otro*. El Otro con mayúsculas como “tesoro de los significantes”. Serán los significantes de la cultura convenidos de acuerdo a las leyes del lenguaje los que preexistan al sujeto y lo incluyan en el orden simbólico. De allí la frase típica *el sujeto es hablado por el Otro*. Dicha cuestión estructural es lo que produce sensación de ajenidad del sujeto consigo mismo. Extranjero de su propio ser, sujeto escindido. En esa división, lo inconsciente reprimido es mantenido fuera de la conciencia por contrainvestiduras y mecanismos de defensa, también inconscientes. Lo inconsciente reprimido es resultado de una historia libidinal e identificatoria y solo accede a la conciencia a través de formaciones de compromiso.

Pero el inconsciente no es solo el inconsciente reprimido. En el “más allá del principio de placer” donde predomina lo traumático, la desligadura; lo inconsciente queda vinculado a la pulsión de muerte. Mientras que la represión implica un olvido conservador en el que lo reprimido perdura en el interior de la psiquis, en el caso del inconsciente no reprimido la pulsión de muerte desinveste y destruye huellas. Produce huecos de memoria que dificultan el trabajo de historización. Por eso la tarea no es solo recuperar una historia, sino posibilitar simbolizaciones estructurantes.

La subjetividad tiene varios *atractores*.<sup>3</sup> El inconsciente reprimido no es el único. Una vida totalmente determinada no podría albergar nada nuevo y una totalmente abandonada al azar –que fuera solo desorden– no accedería a la historicidad. Más que de un clínica extractiva

---

<sup>3</sup> Concepto que inicialmente ha sido utilizado en matemática y luego se expandió a otras disciplinas, incluso sociales, y al propio psicoanálisis. Ha sido uno de los grandes logros de la *teoría del caos*. Una definición general de atractor podría ser “configuración que adopta un sistema después de un tiempo de evolución, independientemente de sus condiciones iniciales”.

de una verdad preexistente, se trata de una experiencia simbolizante, productora de nuevos sentidos y representaciones.

*Propongo una diferencia entre el deseo sustantivo, puntual, y el desear como hecho y como praxis, como forma de la experiencia humana. Con este giro planteo liberar este desear, su acto, de su atadura a contenidos y significaciones acotadas. Y este desear abierto, indefinido por excelencia, este anhelar que se repite como “deseo de desear” –en última instancia, que Lacan nombraba como “deseo de nada”, lo cual aceptaríamos sin problemas, siempre y cuando no se lea esa nada en el sentido de una falta nunca cualquiera– que desea sobre todo volver a desear, hallando allí su satisfacción; no sería concebible sin un margen de libertad indeterminable, inestructurable, como si dijéramos: libertad que resiste a la estructuración como a cualquier reapropiación fálica (Rodulfo, 2013: 106).*

Los procesos de elaboración propios de un proceso de orientación vocacional se nutrirán de la historización simbolizante y de una lógica estratégica. Es decir, en simultáneo que promueva la exploración del mundo fantasmático del sujeto se invitará a pensar en proyectos futuros atendiendo a otros factores que organizan una elección y una trayectoria vital. Habilidades cognitivas, motrices, artísticas, etc. serán puestas en cuestión en la búsqueda de un hacer para el futuro. Reaparece aquí lo *suficientemente subjetivado y relativamente operativo*.

Los procesos de elaboración en los dispositivos de orientación vocacional resultan indispensables, más cuando lo que predomina en la cultura es la inmediatez y la instantaneidad, y cuando la lógica de la anticipación –necesaria en el armado de cualquier proyecto– se ve notablemente fragilizada. Las modalidades existenciales oportunamente descritas establecen configuraciones subjetivas y modalidades de lazo social que clausuran, dilatan o arrasan las condiciones de posibilidad del elegir. Es decir, se ven seriamente afectadas las chances de planificación, de aspiraciones futuras, de pensamiento a largo plazo.

Las elecciones vocacionales llevadas a cabo en el marco de un proceso clínico como el que estamos describiendo no serán espontáneas, sino efecto de un proceso de elaboración psíquica, que incluye el análisis y procesamiento de información. Sin embargo, el momento de la decisión puede sobrevenir no por consecuencia lógica, calculada, sino como *un acto que irrumpe y sorprende*.

Podría decirse entonces que la decisión es el *acto* que adviene después de que se ha accedido a un punto de indecibilidad. Esto significa que habrá un momento en el que no se podrá seguir eligiendo –en el sentido de seguir deliberando para optar por lo mejor– y se dará paso a la toma de una decisión. El tiempo de los afectos y el tiempo de las tecnologías están desajustados, mal sincronizados (Ferrari, 2009).

#### 4. ***Elección***

Elegir es finalmente el motivo habitual de consulta y una clínica en orientación vocacional debe generar las condiciones para que el sujeto pueda llevarla a cabo. La elección está directamente asociada con la dialéctica del deseo. No el deseo en términos sustantivos, como hemos visto, sino en cuanto desear. La elección resulta del entramado entre sujeto, objeto y contexto. El *sujeto* elige un *objeto vocacional* en un *contexto* sociohistórico determinado.

Aquí la noción de *objeto* resulta controversial. Por un lado, podemos pensar en el objeto como aquello de la realidad social que se nos ofrece para ser elegido: carreras, profesiones, trabajos, proyectos de vida en general. Por otro, podemos pensarlo como una instancia de inscripción psíquica en un doble sentido: los “objetos” como instancias de derivación de las pulsiones, es decir, modalidades socialmente instituidas para investir y sublimar, y los “objetos” como polos de identificación, esto es, otros que operan como referentes donde anclar el flujo de representaciones, afectos, y deseos.

Entonces, ¿cómo pensar la provocativa frase “el deseo es un deseo sin objeto”? Es promovida por la idea de que es necesario que algo falte para poder desear. La dinámica de la vida reclama que algo tiene que faltar. Una falta de estructura que nada tiene que ver con las faltas materiales tan propias de las sociedades capitalistas y desiguales en las que vivimos. El deseo no tiene objeto si la cualidad que se le asigna al mismo es total, absoluta. Habrá objeto en la medida en que este sea parcial. Deseo de objeto hasta encontrarlo allí donde está, pero no está. Está (en tanto objeto parcial), pero no está (en tanto objeto total). Elegir, entonces, es vérsela con la falta. Modalidades subjetivas singulares obsesivas, fóbicas, histéricas de lidiar con la falta.

Si bien las nociones psiquiátricas de “estructuras” (histórica, obsesiva, esquizofrénica, paranoica, etc.) pueden servir de indicios iniciales y rudimentarios para el trabajo analítico, no resisten a un microanálisis atento a la heterogeneidad y a la polivalencia de los representantes psíquicos. Estamos cada vez más obligados a concebir interferencias de estructuras, así como “estados límites” que, siendo hechos clínicos nuevos que indican la evolución de la subjetividad y de los estados psíquicos, tienen sobre todo la ventaja de cuestionar fundamentalmente la validez de las nosografías clásicas (Kristeva, 1993).

El elegir resultará una experiencia vital conflictiva inevitable, aunque no necesariamente dramática ni patológica. Freudianamente podríamos decir que el conflicto se expresa en tres registros. El *tópico*, que alude a las distintas instancias del aparato psíquico: yo, superyó, ello; el *económico*, en relación con la energía libre, energía ligada al proceso primario y secundario, y el *dinámico*, referido a las diversas exigencias pulsionales: Eros, pulsión de muerte.

*–Me olvidé que me tenía que anotar en la facultad. Se me pasó la fecha. Cuando fui, me di cuenta que no tenía todos los papeles que te piden y no me pude inscribir. Una mina muy mala onda la que me atendió... Igual me vino bien, porque no sabía en qué anotarme. Ahora puedo pensar que me gusta y empezar tranquila el año que viene.*

*–De chico siempre me gustaron la naturaleza, los bichos, las plantas. Siempre supe que quería ser biólogo. Pero ahora no sé si voy a poder estudiar tanto, aprobar los parciales y los finales, es muy difícil todo. Si*

*tardo diez años en recibirme no voy a conseguir trabajo en ningún lado y no voy a poder trabajar de nada que me guste.*

*–Quiero ser maestro, pero todos me dicen que “estoy para más” y además que no ganás nada de plata, que no podré sostener una familia. Me tienen re podrido. Me parece que si sigo así nunca me voy a decidir.*

*–No voy a seguir con Odontología. Mi papá me insiste en que me deja el consultorio, la clientela, todo... pero yo ni en pedo sigo odontología... no sé cómo decírselo, sé que lo voy a defraudar. Siempre quiso eso para mí.*

*–Mi mamá me dice que Biotecnología es la carrera del futuro. Que ni lo dude. Pero no me veo ahí. Cuando me fui a inscribir me di cuenta [de] que no tengo nada que ver con la gente que estudia eso. Pero si no sigo eso, ¿qué hago?*

*–Tengo que encontrar una carrera que seguro me de trabajo. Es un año malo, también decidí terminar con mi novia de toda la vida, porque era como una hermana, no me pasaba nada con ella, me costó mucho tomar la decisión. Quiero elegir por mí mismo la carrera y una novia.*

En el elegir y construir proyectos futuros entra particularmente en juego el *ideal del yo*. El narcisismo infantil, tiempo (lógico) del yo ideal (“*his majesty the baby*”), cederá frente a los representantes de la ley, a quienes ejerzan la función denominada paterna. De ese modo, el *yo ideal* deviene *ideal del yo* siendo el principal componente subjetivo que marca el rumbo de los proyectos a seguir.

Es interesante pensar cómo se lleva a cabo el pasaje del *yo ideal* al *ideal del yo*. La desmentida del objeto propia del *yo ideal* es reemplazada por el reconocimiento del objeto, por su sobreestimación y por la ulterior identificación. El *ideal del yo* es el sustituto de la perfección narcisista primaria, pero separado del *yo* por un desgarramiento inevitable. El *ideal del yo* articula narcisismo y objetividad, principio de placer y de realidad. El *ideal del yo* implica proyecto, rodeo, temporalidad. El niño proyecta su *ideal del yo* sobre modelos sucesivos. Frustraciones y gratificaciones dosificadas, “óptimas”, lo impulsan a desprenderse de ciertas satisfacciones y lograr otras. Por otra parte, el *yo ideal* no desaparece; asoma, por ejemplo, con el nacimiento de un hijo, en el enamoramiento, en la sujeción a un líder. Por eso, hablamos de tiempos lógicos y no cronológicos (Hornstein, 2013: 54).

En los procesos de elección vocacional se ponen en juego tanto el *ideal del yo* como las idealizaciones. Cuando lo que predomina son estas últimas, uno de sus efectos más observados en nuestra práctica es la configuración de procesos de inhibición. Soñar, imaginar elegir algo que se presenta idealizado y, por tanto, inalcanzable, es la mejor defensa para no activar. La inhibición copa la escena y el sujeto se paraliza. Cuando los que predominan, en cambio, son los ideales, el sujeto puede lidiar mejor con su propia omnipotencia y tender a la aceptación de la castración del no todo se puede al elegir.

La experiencia de elegir un proyecto futuro al finalizar la escuela secundaria tiene un valor inaugural. Para los jóvenes escolarizados es la primera vez, en general, que se enfrentan a decisiones con consecuencias ulteriores en sus vidas. Muchas veces son vividas como definitorias sobre el futuro, sin embargo esta elección es la primera de una serie que seguramente se reiterará repetidas veces a lo largo de la vida.

La vida supone itinerarios a construir, y estos constituyen una trayectoria identificatoria y libidinal. El *yo* no es, va siendo. La trayectoria identificatoria asegura al yo un saber sobre sí mismo y sobre los otros. Sobre el futuro, pero también sobre el pasado. La posibilidad del sujeto de investir objetos dependerá, entonces, de las propuestas sociales y de la trayectoria libidinal e identificatoria del sujeto.

Proyectos e ideales que intentaremos pensar en el actual contexto histórico, esto es, articulándolos con las posiciones subjetivas que hemos mencionado (*plusconformidad, con lo pulsional salido de cauce, omnisciente-omnipotente, impotente, etc.*). Proyectos e ideales, también, en el crepúsculo del deber<sup>4</sup> y en tiempos de una *nueva economía psíquica* cuyo motor está dominado más por el goce que por el deseo.

Proyectos e ideales en tiempos inciertos donde el sujeto pierde su brújula. Sin lastre, liberado de la represión, es menos ciudadano que consumidor, un “hombre sin gravedad”, producto de una sociedad liberal, hoy triunfadora, que ya no parece tener elección: en cierta forma, está obligado a gozar (Melman, 2005).

Proyectos e ideales en una sociedad que ha pasado de una civilización del deber a una cultura de la felicidad subjetiva, de los placeres y del sexo: la cultura del *self-love* nos gobierna en lugar del antiguo sistema de represión y de control dirigista de las costumbres, las exigencias de renuncia y austeridad han sido masivamente reemplazadas por normas de satisfacción del deseo y de realización íntima: esta es la ruptura más espectacular del ciclo *posmoralista*. En la actualidad tenemos prohibiciones, pero no prescripciones sacrificiales; tenemos valores, pero no ya imperativos heroicos; poseemos sentimientos morales, pero no ya sentido de la deuda. Es una sociedad posmoralista, la era del poseer (Lipovetzky, 1994).

Por último, podemos decir que una decisión produce un acontecimiento que modificará la flecha del tiempo en la historia subjetiva, sin embargo se trata de desdramatizar este momento, de sustraerlo de la categoría trascendente suprema con la que habitualmente el discurso social persigue a los jóvenes que están por elegir. Desdramatizar no significa minimizar la importancia del momento de finalización de la escuela secundaria, sino de ubicarlo como período de decisión que tiene –indefectiblemente– carácter exploratorio. Aunque no se lo admita habitualmente, toda elección es siempre una prueba, una apuesta.

Sergio Rascovan

(Fragmento extraído del libro  
“La orientación vocacional como experiencia subjetivante”.  
Paidós, 2016)

---

4 Título del libro de Gilles Lipovetzky.